

CENTRO DE MADRES

POR LEÓN ÁLAMOS

“UNA CERA CAOBA, BOLSAS DE BASURA resistentes y pan”, salí repitiendo de la casa, mientras apretaba el billete en el bolsillo y evitaba el sitio del suceso, donde el Burrito agonizaba.

La señora Luci se había puesto a hablar justito afuera de la casa del señor del tribunal, ahí en la calle José Antonio Soffia. Al frente, en el potrero, algunos niños que yo conocía de vista elevaban volantines.

Ella entregaba la traición como una gracia, brotaba perlada y luminosa, y combinaba con sus aros y el tono adamascado del rouge. “Mi marido era tan picarón”, decía y se notaba que lo extrañaba montones, porque empezó a saltar desde la vereda a la calle. Se puso un poquito nerviosa, con eso evitaba el llanto. No le era fácil hablar de su esposo; para nadie lo era. Llevaba un vestido morado, con un corte impecable. Quizás por eso no quiso acompañarme a la cancha. “Na’ que ver”, me dijo. No sé en qué irá eso, porque a mí me hablaba así, de lo más bien, aunque después se hizo humo. Mirándola bien, puede que tuviera razón. Los cabros estaban ya transpirados, jugando con pelotas de playa gordas, brillantes y venenosas al pinchazo. A mí me parecía que estaban infladas con gas sarín, o con butano.

Afuera de mi casa, hacían una película. “El Joe puso casi todo, hasta la sangre”, alguien aclaró (“por eso es tan mandón”, razoné). Uno de los actores era el Burrito, parece que incluso era el protagonista, porque todos los otros se le abalanzaban para darle instrucciones y acomodarle el dispositivo de la sangre. Se suponía que alguien le disparaba desde la casa de al lado.

El Burrito debía morir en mi jardín. Ahora eso me inquieta, pero ahí, en ese momento, me dio lo mismo. ¿A quién se la habrá ocurrido matar al Burrito?, si tenía una pinta tan inofensiva y grisácea, con sus pestañas largas y chuzas. Ni siquiera era compañero de esos otros: él era de octavo, pero de la E-64, la John F. Kennedy. Después recordé que siempre cuando había que hacer un video para la clase de castellano, siempre, pero siempre, salían las pistolas, la sangre falsa y la muerte. Ése era el sello distintivo de las películas de los alumnos del instituto católico del centro, años de historia plegándose en el imaginario.

No sé por qué me dio tanta pena la anciana. Si ella veía al revés. Nunca había estado en una población así: sola, casi perdida, de verdad. Y fíjense que en nuestros pasajes son todos tranquilos, honestos y piadosos, si hasta tenemos una gruta y bonitas áreas verdes. Ella seguro lo encontraba todo feo, arriesgado, peligroso.

Nosotros tampoco sabemos adónde ir, adónde sacar a pasear esta añosa juventud. Y si nosotros no sabemos, ya me imagino los demás... Algunos son puro riesgo, desdén e ignorancia. El ingenio los salva, pero serán un soplo sobre las arenas del desierto, y todos sabemos que el desierto avanza. Pan para hoy, hambre para mañana.

Señora Luci, venga, no se vaya volando así, no me deje hablando solo, olvídense del miedo; si en ese edificio de atrás antes vivían puros militares y nunca, pero nunca los salvajes se atrevieron por acá. Y aunque los uniformados ya se hayan ido y hayan vendido sus departamentos, la zona quedó marcada, liberada se podría decir: ningún desborde, ningún desmán, cero insurrección (aunque las ideas se hayan transformado en sustancias ilícitas). Por un lado es mejor; conservamos intacto el espíritu de la

república ocupada, el vecindario, las directivas inocuas, las gestas de Adviento, Pascua y Año Nuevo.

Señora, no se vaya.

Yo tenía seis años cuando usted nos visitó. La zona oriente de la población era un hervidero de uniformes grises, capas, autos blindados y damas de cuello redondo. Los conscriptos coparon los pasajes con sus pesadas mochilas de telecomunicaciones. Esos pelados igualitos a los que la abuela alojó en el living las noches posteriores al golpe. “Esos cabritos se deben estar congelando allá fuera”, dicen que dijo. Después supe que dormían amontonados: sobre los sillones, en el piso y debajo de la mesa del comedor.

Usted nos visitó, pero no la pude ver. Fui en mi bicicross nueva hasta donde se supone que arribaría, pero me fue imposible divisarla. En Blest Gana habían puesto una barrera y los custodios armados no me dejaron pasar. “De Blest Gana nadie pasa”, me dijeron. Esa era la dura realidad. A mí, a mí -me lamentaba-, que iba todos los jueves con mi abuelita a las cuatro de la tarde a la sede del centro de madres, ahí mismito donde usted estaba recién. Yo, el más regalón de las señoras. Tomaba té sobre las rodillas de la abuela y comía queque y pan con palta en esa sede que estaba tapizada con papeles de diario y donde había un póster de zapatillas Dolphin formando una flor. Esa sede que constantemente era asaltada por los volados, los marihuaneros, esa lacra juvenil, posiblemente extremista, la amenaza palpable. “Se robaron el tubo de gas, estos desgraciados”, decía la señora Dalia, y las demás abuelas se tomaban la cabeza a dos manos, mientras inspeccionaban las tablas rotas y recogían las bolsas de neoprén seco con una mueca de asco. Cada vez que caminando por algún peladero me encontraba una bolsa con ese contenido marrón y espeso, en pleno proceso de

secado, algo se paralizaba en mí. Era un indicio del mal, como si la zona estuviese marcada por los zombis, los otros, los malvados. Mi madre decía que algunos niños aspiraban neoprén porque así se les olvidaba el hambre. “¿Y los gitanos, mami?, ¿por qué los gitanos también?”. “Los gitanos también tienen hambre”. Pero en el centro de madres nadie hablaba del hambre. Ahí se hablaba de la rifa, del crochet, de los escarpines para bebés, de moler la palta, de traer un queque con manzana y canela, de lo bonito que está su nieto señora María, de las cuotas y del paseo de fin de año. Porque a finales de diciembre se hacían buenos paseos a pozas cercanas. Recuerdo claramente un parlante redondo amarrado a una torre de salvavidas por donde salía: “¡Qué calor de los locos nena, yo me quiero bañar, cuando estoy a tu lado el calor me sofoca me quiero bañar!”, y sí que daban ganas de meterse al agua fría y burbujeante de la vertiente, “pero primero anda a comprarme unos Record, huachito, ahí al kiosco” y entonces yo corría rápido como una culebrilla orillando la laguna, oyendo las carcajadas, los gritos y el juego de los otros niños montados en refulgentes y parchadas cámaras de neumáticos. “¿Eso era? Aquí están sus cigarros”. “Gracias, negrito. Toma, te regalo 20 pesos, pa’ unos dulces”.

Después supe que la madre de la señora fumadora, la agüelita Elba, era enfermita del corazón y que la habían operado en el Hospital Militar y que le habían hecho un tajo de acá hasta acá. Imagínese, señora Luci, yo, cabro chico, quedaba con la boca abierta. Y la hija de la fumadora, nieta de la señora Elba, que se llamaba Karen, me decía en ese paseo a la poza que me veía súper rico con esos lentes de sol espejeados. Pero yo la encontraba medio rara, porque los pelos que iban asomándose en sus

tutos se le notaban mucho. Y yo ni un pelo tenía en el cuerpo. Ni un pelo de tonto, y me corría.

A nosotros con el Chincol nos gustaba la Gloria, pero era muy creída. El Chincol me decía que a mí no me iba a pescar, porque tenía apenas 9, y él ya tenía 11. Después no me gustó más eso sí, porque otro amigo mío dijo que tenía cara de plátano y le puso “Gloria Glofriend”, por unos monitos que daban en la tele que se alimentaban de gotas de luna. Años después la Gloria se casó con un gallo que le pegaba.

Pero volviendo a los temas médicos, supe hace unos días que usted ha estado medio complicada del corazón también, ¿será que se cansará de tanto bombardear sangre el pobre? Yo a veces pienso en eso y me da una cosa en la guata. Unos “graciosos” decían por ahí (cuando supieron de su recuperación) que usted estaba mejor del pecho... porque corazón no tenía. Pero yo creo que sí tiene, ¡cómo no va a tener! Lo decían para hacer reír, si ahora hay tanto chistoso suelto. El humor es algo que se ha ido degradando con el tiempo.

Antes de que se vaya, quería pedirle un favor. Usted que es más respetada, ¿le podría decir al señor de la esquina, el carabinero jubilado, que nos entregue las pelotas que se han caído a su jardín? Dicen que algunas las parte con un cuchillo y las hace maceteros; las otras las desinfla y luego las rellena con un gas venenoso, hipnótico, lacrimógeno. Es verdad. Por favor, si no fuera mucha la molestia, mire que el otro día el Burrito se fue intoxicado al hospital. Al pobre todos lo repudian. Incluso lo han querido acribillar ahí afuerita de mi casa, a vista y paciencia de todo el vecindario.

***Cuento incluido en el volumen “Discocamping” (Narrativa Punto Aparte, 2013).**